

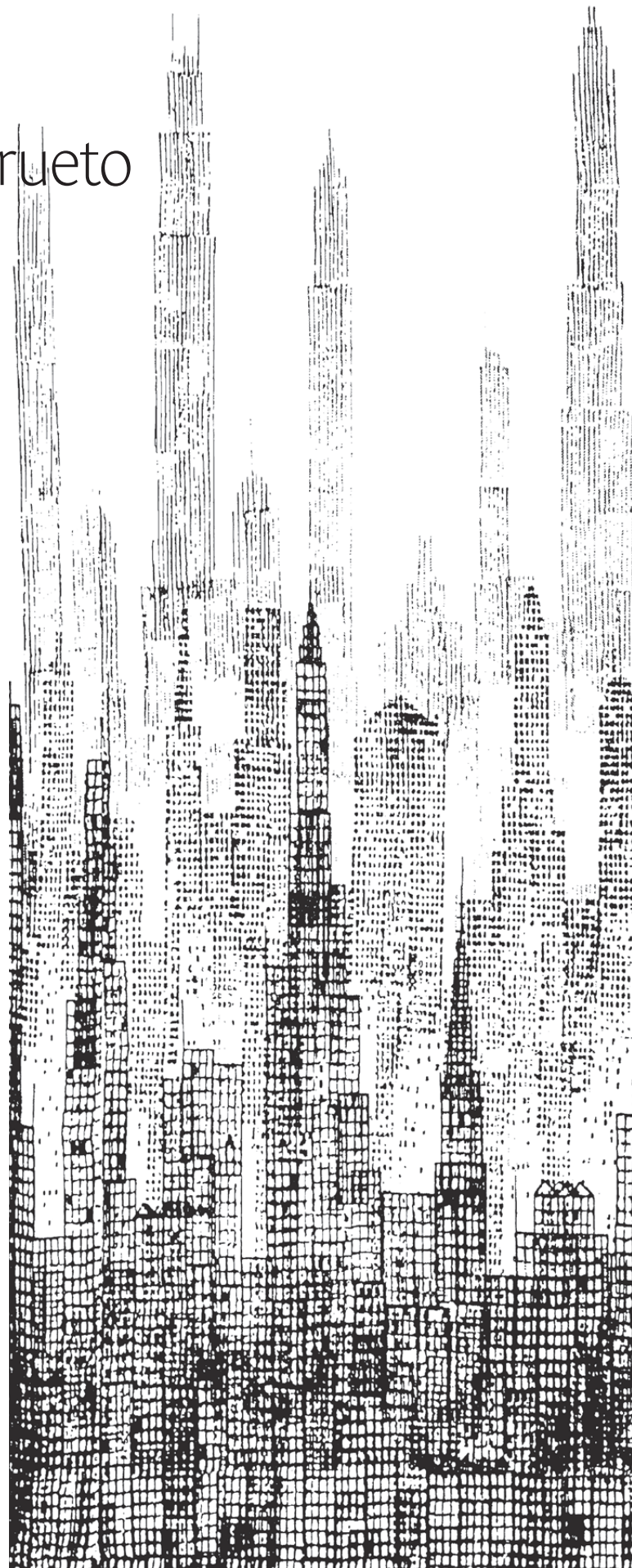
Vecinos

Sesgo, de Claudia Berrueto

Christian Peña

OCTAVIO PAZ SE REFIRIÓ A LA POESÍA del norteamericano E. E. Cummings como una “rara alianza entre invención verbal y fatalidad pasional”. Debido a esa alianza, la cual es también una fisura, una manera sesgada de observar y aproximarse a la realidad, es que, creo firmemente, un poema sucede. Porque el *eidos* y el *pathos*, la forma y el fondo, la lengua y su baba son, por llamarlo de algún modo, vecinos que dan ritmo y establecen una dinámica en el lugar donde habitan. Es a partir de esa alianza que suceden los poemas de Claudia Berrueto.

Hace unos cuantos meses, un querido amigo citó la frase de Paz para referirse a unos de mis poemas. Yo la traigo a cuento hoy para hablar sobre los poemas de Berrueto porque creo que, si bien los contemporáneos no somos nosotros sino los libros, sí sucede que, a veces, los libros que nos entusiasman y desvelan y persiguen y hacen que hablemos a solas mientras caminamos hacia casa, son escritos por gente que conocemos, que nació en un tiempo próximo al nuestro y que tiene inquietudes en común con nosotros, que decidió vivir en nuestro vecindario de oscuridad y de sonido, que tal vez vive en el piso de arriba o en el de debajo de nuestro departamento, o la vuelta de nuestra casa. Hablo de libros escritos por personas que son, en contadas palabras, nuestros vecinos. Así, *Sesgo*, el más reciente



poemario de Claudia Berrueto, es para mí un libro cercano, escrito por una vecina peculiar, la que recorre los pasillos del edificio con la mirada aparentemente extraviada, la que llega de hacer las compras y confiesa haber olvidado algunas bolsas en el taxi, la que, después de hacer sonar todas sus llaves para abrir la puerta, se encierra a escuchar en volumen bajo pero penetrante a Lou Reed, aquella a la que puedes pedirle una taza de azúcar... “Sí espérame, vecino, voy por ella”... y al momento de regresar de la cocina, te entrega una maceta y te pregunta si es suficiente o quieres un poquito más. Este universo que intento describir, este retrato, es una también una mirada sesgada de Claudia. Los poemas de *Sesgo* ocurren así, como una charla casual, pero llena de revelaciones, nutrida, con algunos silencios incómodos y otros placenteros, la plática de pasillo donde el vecino nos pregunta si hemos visto hoy el cielo y su traje de luces, o si no creemos, como él, que el costo del mantenimiento es excesivo. Lo cotidiano. Lo irreal de lo cotidiano. La poesía de Berrueto, aunque lo parezca a primera vista, no parte de lo surreal, su visión no deforma ni exalta el subconsciente, sino que dismantela lo que observa; su lenguaje separa y exhibe pieza por pieza de un todo, un paisaje de lo que mira y siente, ya sea contemplando por horas el cajón de las cucharas en su cocina o la inmensidad de un cielo que “es un animal que nos ama con toda su demencia”. Este ensayo sobre lo cotidiano que hay en los poemas de *Sesgo*, y en gran parte de la obra de Claudia, me recuerda las instalaciones de Damián Ortega o Abraham Cruzvillegas, *Cosmic Thing* y *Sala de Autoconstrucción*, especialmente, realidades intervenidas con la aparente inocencia de lo inmediato, pero que encierran en su ejecución el insoportable desorden de nuestra naturaleza.

Por otra parte, hay una presencia con la que se dialoga en *Sesgo*, la voz, mejor dicho, la modulación del

silencio, de Emily Dickinson. ¿Qué sé yo lo que pensaban los vecinos del pueblo de Amherst las incontables veces que miraron a la señorita Emily? Sé que Claudia se acerca a cada uno de los poemas de Dickinson con sed de desconcierto, y que para ella, cada uno de los números de esos poemas son los números de departamentos de un edificio con cerca de 2 000 inquilinos. Allí está Amherst, allí está Saltillo y el polvo de sus calles que convierte a sus habitantes en fantasmas domésticos. Allí, en los poemas de Claudia Berrueto, la muerte es también el vecino que vive en la casa de enfrente de Emily Dickinson:

Ha habido una muerte, en la casa de enfrente,
Hoy mismo —
Lo sé, por la mirada entumecida
Que tales casas tienen — siempre —

Los vecinos entran y salen susurrando —
El médico — se marcha —
Una ventana se abre como una vaina —
de golpe — mecánicamente —

Alguien saca un colchón a la calle —
Los niños pasan de largo y de prisa —
Se preguntan si se murió — allí —
yo lo hacía — de niña —

El Pastor — entra rígidamente —
Como si la casa fuera suya —
Y él fuera dueño de los dolientes — ahora —
Y de los pequeños — también —

Y luego la modista de sombreros — y el Hombre
De la triste profesión —
Para tomar las medidas de la casa —

La muerte es también vecina de Claudia, vestida de agonía, de “lenta desaparición”, así, toca a su puerta en plena tarde o en la mañana o en la noche para pedirle una taza de azúcar:

De noche escucho el polvo deslizarse dentro de mi cabeza
Y pronto huye hacia mis órganos
Los recubre

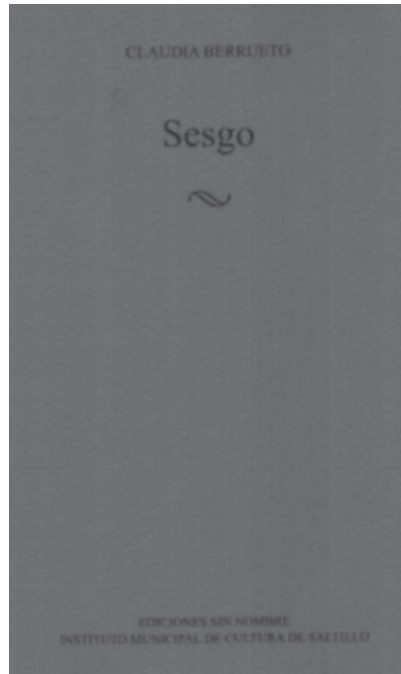
Cuando parece calmar su oscilación
Un cuerpo palpita debajo de él
Ese cuerpo es un hijo al que dejé ir

viejo y amargo
acomoda una silla en mi interior
y observa la declaración del paisaje incompleto que he sido

guardado por el polvo
en la muerte que crece
es idéntico a su madre

La muerte en “Sesgo” no es una personificación ni un tema, ni siquiera es la palabra que la pronuncia, es una presencia, un halo. Es, nuevamente, algo revelador en el ejercicio más inmediato y cotidiano del poeta: escribir. Poner el ojo y la bala y la letra y el dedo en la llaga. La muerte: un oficio; el estilo y la artimaña, pero también la deuda adquirida con el adiós de cada amante, ya sea un fauno o un tigre; cada madre que se muda a un vecindario bajo tierra, a una tumba; cada padre que cambia la cama de la habitación por la de cuarto de hospital; el sueño que reluce como basura a la luz de la lluvia. Invención verbal y fatalidad pasional en su justo equilibrio. Los poemas de *Sesgo* no son sobre la muerte, sino para ella. Tal como el escritor rumano Mircea Cărtărescu anota en su magistral cuento *El Ruletista*: “Querías sacudir el corazón del lector pero, ¿qué hace él? A las tres termina tu libro y a las cuatro empieza otro, por muy bueno que sea el libro que tú hayas depositado en sus manos. Sin embargo, estas diez o quince páginas son otra cosa, se trata de juego diferente. Mi lector de ahora no es otro que la muerte. Veo ya sus ojos negros, húmedos, atentos como los ojos de una adolescente, leer mientras completo una línea tras otra. Estas hojas contienen mi proyecto de inmortalidad (...) Todos han callado, tal vez cada uno de los testigos haya dejado a su muerte unos folios tan inútiles como estos, a los que seguiré, con un dedo esquelético, sólo la muerte. La muerte individual de cada uno. El gemelo negro que nació junto con él”.

Claudia Berrueto es una poeta que atesora su silencio, que lo guarda como una provisión para un viaje al centro de su historia. No obstante, esta no es poesía confesional. Es poesía donde el poeta habla sobre sí mismo para llegar a formas más propositivas, cada minúscula letra escrita por Claudia es un acento mayúsculo en su



Sesgo

Claudia Berrueto

México, Ediciones sin nombre, 2015, 82 pp.

postura estética; minúsculas, otra vez como E. E. Cummings, que la han acompañado desde el primer poema que publicó, pero que este vez tienen un ritmo más perceptible, versos más concentrados y de música oscura. Berrueto tiene en su voz una confesión formal, donde el tiempo se mide a partir de las cosas a las que ha renunciado, porque es más difícil renunciar que alcanzar, cambiar las reglas, ir a contracorriente, como la niña que juega al café con su juego de té. Los poemas de este libro tienen una latente carga sensorial potenciada por imágenes ríspidas, características de Claudia; un vestido de novia manchado de leche materna, un agujero en la vena de un viejo, la mano ausente o inconclusa en un cuadro de Tamar de Lempicka. En la poesía de Claudia se traslucen las palabras que Leonard Michaels escribió en su ensayo titulado *Escribir sobre mí*: “Cuando escribo sobre mí, me doy cuenta de que estoy más interesado en el valor expresivo de la forma y su relación con lo personal que en las revelaciones particulares de mi vida individual.”

Conocí a Claudia hace diez años en la Fundación para las Letras Mexicanas. En ese entonces no tenía la lira negra tatuada en la nuca, esa música que tiempo después besaron los labios de sus hombres, los de sus fantasmas, los de su silencio. En ese entonces éramos vecinos de cubículo. Yo imitaba para ella la voz de Bonifaz Nuño. Antonio Deltoro era nuestro tutor y es,

precisamente con uno de sus poemas, que quiero ilustrar lo que experimenta el lector de *Sesgo*, un poema titulado “Vecinos”:

Contigüidades, promiscuidades, distancias...
mientras yo escucho a Mozart los vecinos pelean:
imagino a Mozart y a su vecino; mientras uno compone
el otro se desgarró o vegeta ignorando
que a sus pies nace un manantial de vigilia:
¿Es el pesado sillón que desconoce la agilidad de la
lámpara?
¿Quién sabe del vecino de Mozart?
¿Qué sabe el vecino de Mozart?
¿Qué sabe Mozart de su vecino?
(...)
Una noche sufrí interminablemente
mientras en el piso de abajo todo dormía.

Y así, continuó la cadena de interrogaciones: ¿Qué sabe el vecino de la señorita Emily de los poemas de Dickinson?, ¿qué sabe el vecino de cubículo de Bonifaz Nuño y de los oficinistas que aman con el estómago vacío?, ¿qué sabe el lenguaje de su propia experiencia?, ¿qué sabe Cummings de lo que dijo Paz?, ¿qué sabe el vecino de Claudia?, ¿qué sabe Claudia de sus vecinos? No puedo dar una respuesta a todo esto. Conjeturo, eso sí, que el lector de *Sesgo* se reconocerá también como un contemporáneo de Claudia, un vecino de llaga y partitura. ■■